

EKONOMIAZ PRESENTACIÓN 25 ANIVERSARIO

Arratzalde On. Buenas tardes. Quiero empezar reconociendo que no soy de esas personas que cuando cumplen años entran en un estado semidepresivo tal, que no se atreven a saltar ese día de la cama. Al contrario, hace mucho tiempo que me alegro de cumplir uno cada doce meses, porque un buen día caí en la cuenta de que la alternativa es mucho peor.

No obstante, pese a esta positiva actitud mía, admito que me tiene algo preocupado (mis alumnos serían más precisos y dirían “mosqueado”) el hecho de que llevo unos años siendo invitado a celebrar públicamente el 25 aniversario de instituciones con las que he estado relacionado de una forma más o menos directa, en algunos casos desde su misma creación. Podría citar varios ejemplos, pero quizás el más preocupante es que pertenezco a la sexta promoción de Sarriko, una Facultad que hace menos de una semana ha celebrado con toda solemnidad el 50 aniversario de la Primera.

Pues bien. En estas me llama el consejero de Economía y Hacienda, mi buen amigo Carlos Aguirre, para que cuente hoy aquí lo que pasaba en este País cuando apareció la revista Ekonomiaz, porque, cito textualmente, “tú andabas por ahí con aquello de la reconversión industrial”. Fin de la cita. Y, naturalmente, no he podido negarme, entre otras cosas porque Carlos Aguirre tiene una manera de pedir que parece que está dando, una virtud (porque es una virtud) que he observado en no pocos antiguos alumnos de los padres jesuitas.

Pero vayamos al grano o, como dicen en Argentina, a los bifés. El último cuarto del siglo XX fue testigo de enormes turbulencias en la economía vasca. En 1975 su industria se sumerge en un vertiginoso proceso de declive que afectó a casi todos los sectores tradicionales sobre los que se había asentado históricamente su esplendor (siderurgia, construcción naval, electrodomésticos, grandes bienes de equipo, etcétera) dando lugar a un dramático ajuste que pareció interminable. En 15 años, las políticas de reconversión ayudaron a paliar las consecuencias sociales de la pérdida de 4 de cada 10 empleos industriales en Euskadi y se puso de manifiesto con gran virulencia la falta de competitividad global de la economía vasca, especialmente visible cuando desapareció una gran parte del entramado proteccionista español. Si el desplome del firmamento industrial vasco no se consumó totalmente fue debido a la decidida actuación del sector público, estatal y autonómico, apoyado este último en la capacidad financiera proporcionada por el Concierto Económico, que ejerció de auténtico **colchón** atenuador de las sucesivas crisis.

El proceso de deterioro contó también con otro factor negativo, este de tipo psicológico-social. Cuando en la segunda mitad de los 70 se desencadenó la gran crisis industrial internacional, costó mucho tiempo que la Sociedad vasca percibiera su enorme impacto en nuestra tierra, probablemente debido a la mitificación del poderío industrial, financiero y empresarial construido décadas atrás. El conocido efecto psicológico-social tiende a difundir la idea de que las situaciones de ventaja relativa se renuevan automáticamente a lo largo del tiempo; y, probablemente, alimenta la inercia social que dificulta una reacción suficientemente enérgica frente a las crisis. No obstante, hoy en día, después de tantas y tan terribles crisis, somos todos mucho más conscientes que entonces de la enorme fragilidad que rodea a las estructuras económicas.

De una manera u otra, las consecuencias del fuerte ajuste industrial no se hicieron esperar. Los territorios vascos perdieron las privilegiadas posiciones que ocupaban en el **ranking** de riqueza relativa y renta familiar disponible, al tiempo que perdieron peso específico en el conjunto económico español y participaron escasamente, entre el 1% y el 4% según los años, del **boom** de la inversión extranjera (y su trascendental aporte tecnológico y competitivo) que batió en los años 80 y 90 todas las marcas históricas en España. A la escasa **atractividad** que las regiones en declive industrial tienen para la inversión directa internacional se añadió la deplorable imagen de Euskadi que la violencia terrorista difundía, mucho más que hoy, por el mundo. Todo ello consumó un apreciable nivel de decadencia de la economía vasca en el contexto español.

La política de reconversión la inició tímidamente el Gobierno de la UCD, pero no fue acometida realmente hasta que en 1983 llegó al poder el Partido Socialista y tuvo España un Gobierno políticamente fuerte y dispuesto a aplicar de forma estable una estrategia reconversora que en los países de nuestro entorno se había abordado 7 u 8 años antes.

La reconversión supuso una fuerte reducción de la capacidad productiva de grandes sectores industriales y se planteó más en términos de saneamiento que de reforma. Se presentó como un intento de reasignar recursos humanos y financieros hacia actividades con mejores perspectivas, pero en la práctica produjo grandes bolsas de desempleo, pese a las actuaciones destinadas a la recolocación de los excedentes laborales; y, por otro lado, se acusó al proceso reconversor se haberse desarrollado con excesiva lentitud y de resultar demasiado costoso para el erario público, algo que hoy, con la suficiente distancia temporal, parece que fue imposible evitar, dados el altísimo nivel de desempleo, la pequeña cobertura del subsidio de paro y el

deseo del Gobierno de no romper la estructura sindical existente, apenas salida de la clandestinidad.

El proceso de reconversión industrial desarrollado por la Administración Central en 14 grandes sectores tuvo una gran repercusión en el País Vasco, habida cuenta de la fuerte presencia en su territorio de la mayoría de ellos. Más de una tercera parte de los excedentes laborales y de las ayudas públicas previstas para el conjunto de España correspondieron a esta Comunidad Autónoma y, a pesar de las imperfecciones atribuibles al proceso reconversor, hay que reconocer que permitió salvar partes esenciales del tejido productivo vasco.

La reconversión protagonizada por la Administración Central no incluyó, sin embargo, importantes sectores de la industria vasca, necesitados también de un ajuste en sus estructuras productivas, como la máquina herramienta, la fundición y las herramientas manuales, entre otros. Por ello, el Gobierno Vasco, que empezó intentando aliviar con subvenciones a fondo perdido y préstamos los graves efectos de la crisis, terminó estableciendo normas para la declaración de sectores en reestructuración, susceptibles de recibir ayudas extraordinarias. En una primera instancia se abordó la reconversión del sector armero, que terminó mal, con su casi total desaparición, por culpa (todo hay que decirlo) de los empresarios implicados y no implicados en el proceso. Después, en 1985, se produce un cambio de estrategia, sustituyéndose la reestructuración que estaba vigente por el Plan de Relanzamiento Excepcional (PRE) de empresas y sectores industriales, que posibilitó la reducción de buen número de excedentes laborales, aumentó la cooperación interempresarial y consiguió acercar muchas empresas a los Centros Tecnológicos.

En 1985, como se ve año clave a todos los efectos, fueron también creadas siete Zonas de Urgente Reindustrialización, las famosas ZUR, para contribuir a la instalación de empresas industriales en las zonas más castigadas por la crisis, en un intento de paliar los procesos de declive y de crear alternativas de empleo para los trabajadores expulsados de sus empresas como consecuencia de la reconversión, acogidos entonces por los Fondos de Promoción de Empleo creados al efecto. En nuestro caso, la iniciativa del Gobierno Central fue secundada por el Gobierno Vasco (liderado en este campo por el vicelehendakari Javier García Egocheaga y el Consejero de Industria, José Ignacio Arrieta) a través de una empresa compartida con el Ministerio de Industria, la ZUR del Nervión, SA, entidad que me tocó en suerte dirigir durante sus primeros años de vida (la bola con mi nombre la introdujo en el bombo un parlamentario vasco, profesor de economía, que después sería dos veces Ministro y está presente en esta

mesa, no diré más; y la extrajo el ministro de industria, Carlos Solchaga, aunque, la verdad, tampoco creo que hubiera muchos voluntarios.

La ZUR del Nervión estuvo vigente durante 3 años y su fin se enlazó con la aparición de las Zonas Industrializadas en Declive (ZID), que ampliaron a otro trienio y al sector servicios los proyectos que podían recibir ayudas públicas. El establecimiento de un balance global de los efectos vinculados a la aplicación del doble instrumento ZUR/ZID pasa por reconocer el fracaso cuantitativo registrado en la absorción de los enormes excedentes laborales de la reconversión (sólo en Euskadi pasaban de 15.000 los acogidos a los Fondos de Promoción de Empleo) por parte de actividades de muy diferente signo y tamaño, lo que tropezaba a corto plazo con rigideces de todo tipo.

En cualquier caso, las ZUR tuvieron muy mala prensa, derivada de la conflictividad social que generan los procesos de reestructuración industrial, y ello influyó en la valoración social de su eficacia. Ya se sabe que la política de reconversión industrial tiene que pagar casi siempre elevados peajes, tanto sociales como políticos. No obstante, a 25 años vista me atrevo a afirmar que los efectos de su aplicación fueron bastante satisfactorios y algunas importantes empresas vascas de hoy, como ITP (Industrias de Turbo Propulsión, SA) nacieron al amparo de las ayudas de la ZUR.

En el ámbito de la Promoción Industrial y ciñéndome, por problema de tiempo, a las iniciativas emprendidas por el Gobierno Vasco, me parece evidente el gran esfuerzo realizado desde 1981. La actividad promotora se desarrolló durante la década en ámbitos muy variados, y se aplicó con intensidad, bien directamente por el Gobierno Vasco o por organismos de él dependientes como la SPRI o el EVE. Los primeros programas estuvieron claramente orientados al ámbito de la innovación y de las nuevas tecnologías, con el objetivo de fomentar la adaptación de nuestra industria a las nuevas condiciones técnicas y económicas. Después, durante el primer Gobierno de coalición PNV-PSE, siendo Consejero de Industria Ricardo González- Orús, se iniciaron los Planes de Estrategia Tecnológica que se han ido renovando con distintos nombres hasta nuestros días.

Simultáneamente a las actuaciones del Gobierno Vasco se produjeron también las intervenciones promotoras de la actividad industrial de las Diputaciones Forales, bastante consistentes desde las perspectivas conceptual y financiera, pero que dieron lugar a numerosas duplicidades y, en ocasiones, a un grado de concurrencia institucional que se ha denunciado en muchas ocasiones. De todos modos, aunque siguen

existiendo márgenes de mejora, el simple paso del tiempo, en unos casos, y las exigencias de la austeridad presupuestaria, en otros, han ido reduciendo las disfunciones y la desorientación que provoca en los destinatarios comprobar que el sector público compite consigo mismo en algunas ocasiones.

En todo caso, es de justicia reconocer que las instituciones públicas de Euskadi han tenido siempre, y siguen teniendo hoy, una especial sensibilidad por la industria, demostrada en la generosidad de las dotaciones presupuestarias, siendo también evidente que los aciertos en el diseño e instrumentación de la política industrial han superado con creces (muy particularmente en materia de política tecnológica) a los fracasos. Y también creo de justicia resaltar la enorme capacidad de sacrificio y resistencia mostrada en aquella terrible época por la inmensa mayoría de los industriales vascos, el mejor de los tesoros económicos de este pequeño País.

La recuperación de la economía vasca, muy apoyada en la fuerte expansión de la economía española y en el propicio entorno internacional, se inicia en la segunda mitad de los 80, con un cambio de ciclo que alcanzó un máximo de actividad hacia 1989, año en el que una nueva desaceleración, que tocó fondo en 1993, hizo acto de presencia.

En este segundo tramo de los 80 resulta imprescindible referirse también a la adhesión de España como miembro de pleno derecho a la actual Unión Europea, el 1º de enero de 1986. Este acontecimiento, eminentemente político, es para mí el más importante hecho económico, junto con el Plan de Estabilización del inicio de los años 60, de todo el siglo XX para la economía española y, por tanto, para la economía vasca.

Pues bien, en este ambiente y con este entorno nace en el segundo semestre de 1985 la Revista *Ekonomiaz* del Gobierno Vasco, cuyo vigésimo quinto aniversario celebramos hoy. Sus fundadores dijeron y la realidad lo confirmó, que *Ekonomiaz* nacía “con el propósito de ser un lugar de encuentro para el mundo académico y político, así como con la intención de convertirse en un foro de tendencias para vislumbrar el futuro hacia el que se dirigía la economía vasca”. En definitiva, una revista de economistas, que si en algo se distinguen (nos distinguimos) es precisamente por la obsesiva preocupación por el futuro, pese a que Keynes auguró un pésimo porvenir para los economistas profetas y que muchos otros han desaconsejado, también inútilmente, un ejercicio de la futurología que está en nuestro ADN profesional. Menos mal que, como dejó escrito Galbraith, la ventaja del futurólogo económico es que “todas las

previsiones, acertadas o inexactas, se olvidan con rapidez” y que sus autores están protegidos por la impunidad que proporciona la pésima memoria colectiva.

Cuando nace Ekonomiaz existían ya en Euskadi otros centros o servicios de estudios, así como algunos productos editoriales de contenido económico. Me refiero en primer lugar al Servicio de Estudios del Banco de Bilbao, cuyos principales miembros trabajaban en la sede central del Banco, en la Gran Vía bilbaína, con su director, el recientemente fallecido Luis Angel Larena a la cabeza y con destacados economistas en plantilla (Arturo de la Lama, José Miguel Andreu, Sabino Larrea, Juan Manuel Arriaga y Jon Larrínaga, entre otros), y una revista, SITUACIÓN, dirigida entonces por Roberto Alvarez Llano, quien por cierto ha publicado el año pasado una monumental e interesantísima titulada “Historia económica del País Vasco-Navarro. Desde los orígenes hasta comienzos del siglo XXI”.

El mismo Servicio de Estudios del Banco de Bilbao publicaba cada dos años la “Renta Nacional de España y su distribución provincial”, un trabajo que esperábamos todos como agua de mayo. Se elaboraba por la parte del equipo residente en Madrid a las órdenes de Julio Alcaide Inchausti, el inventor (y digo bien), el inventor de las estadísticas regionales españolas. Julio tiene 16 o 17 hijos y en un ejemplo de diversificación familiar del oficio de economista, pues puso a algunos hijos a trabajar en el entonces también novedoso campo de las Tablas Input-Output y su hija Carmen, también excelente economista del Servicio de Estudios del Banco en su sede madrileña, terminó presidiendo bastantes años, como sabéis, el Instituto Nacional de Estadística.

A unos centenares de metros de la sede central del Banco de Bilbao estaba el Servicio de Estudios de la Cámara de Comercio de Bilbao, creado a comienzos de los 70 y dirigido muchos años por Jesús Dorao y después por Juan Luis Laskurain. Formó parte del mismo Ricardo González-Orús y se incorporó a él en 1981 un joven economista llamado Carlos Aguirre, justo un año después de que yo abandonara aquel plácido barco en busca de aventuras mucho más peligrosas.

El Servicio de Estudios de la Cámara se encargaba entonces de realizar trabajos monográficos sobre la economía vizcaina (hinterland del Puerto de Bilbao, el Informe Anual, estudios comarcales, etcétera) y, ya recuperada la democracia, se adentró tímidamente en trabajos comprensivos de todos los territorios vascos, incluyendo un trabajo sobre las relaciones, económicas por supuesto, con Aquitania. También editaba mensualmente una revista,

INFORMACIÓN, que dirigía Rafael Ossa Echaburu, y que aún existe, aunque con otro formato y diferentes objetivos.

Otro Servicio de Estudios que se creó unos años antes de la aparición de Ekonomiaz fue el de Caja Laboral, dirigido por Xabier Albistur y que contó con el trabajo de excelentes economistas, como Ernesto Unzurrunzaga (que tuvo un papel fundamental, junto a Alberto Alberdi, en la puesta en marcha de Ekonomiaz), además de Josu Irigoyen o Begoña Albisu. Publicaban el Informe anual sobre la economía vasca, que aún pervive, y algún trabajo especial, como la pionera aproximación a una Balanza de Pagos Regional del País Vasco, con la colaboración, entre otros, del profesor Ros Hombravella, de la Universidad Central de Barcelona.

Finalmente, no quiero dejar de citar otra publicación periódica vasca que tenía ya una larga trayectoria y que aún se mantiene felizmente en el mercado. Me refiero al Boletín de Estudios Económicos publicado por la Asociación de Antiguos Alumnos de la Universidad Comercial de Deusto. Cuando aparece el primer número de Ekonomiaz, se publicaron los números 123 y 124 del Boletín dedicados, cómo no, a la reconversión industrial, seguidos por otros dos con la adhesión de España a las Comunidades Europeas como tema central.

Ekonomiaz adoptó desde su inicio la opción de los números monográficos y el primero fue, naturalmente, dedicado a la “Crisis y el Empleo”, seguido pronto por dos números centrados en la Política Industrial. Su primer director fue Vicente Leoz, que abrió sus páginas a colaboradores que contribuyeron a divulgar y a mejorar con sus opiniones la realidad económica vasca desde diversas especialidades y perspectivas profesionales e ideológicas. Entre ellas, permitidme citar a las firmas que se repiten una y otra vez en los números publicados en la segunda mitad de los años 80, la mayoría perteneciente a lo que podíamos denominar la “saga de Sarriko”: Milagros García Crespo, Pedro Aspiazu, Carmelo Urdangarín, Antxon Pérez de Calleja, Ernesto Unzurrunzaga, Juan Urrutia, José Ignacio Arrieta, Mari Carmen Gallastegui, José María Usategui, Juan Luis Llorens, Juan Miguel Sans, Patxi Zabalo, Inmaculada Gallastegui, Jaime del Castillo, Arantza Mendizábal, Koldo Hualde, Mikel Landabaso y Alberto Alberdi, que fue después director de la Revista en los primeros años 90, que la dirige en la actualidad y que ha sido el diligente coordinador del número de este XXV Aniversario.

Mis recuerdos de aquella época son muy gratos, tanto por la relación de amistad existente en aquel grupo de economistas, como por su actitud

colaboradora con los proyectos de los demás, independientemente de las características del equipo de pertenencia.

Menos gratificante fue, aunque en pocas ocasiones, la relación con el poder establecido, tanto público como privado, al que ya se sabe que no se le puede criticar sin alguna clase de riesgo personal, porque muy pocos instalados en él creen en la capacidad movilizadora de la crítica y tienden más a confundirla con el insulto que con la advertencia amistosa. Pero, en fin, también es verdad que a veces los economistas afilamos excesivamente la pluma y que nos encanta reprender y hasta arrojar jarros de agua fría al personal.

En todo caso, la época que me ha tocado resumir fue muy dura industrial y socialmente, pero estuvo bañada por la ilusión de la recuperación de la democracia y de la construcción del autogobierno. Además, éramos todos mucho más jóvenes, como jóvenes son los 25 años que hoy luce la revista, nuestra revista *Ekonomiaz*. Mi deseo es que cumpla muchísimos más. Eskerrik asko.

Roberto Velasco Barroetabeña
Bilbao, 2 de diciembre de 2010